

Allí estaba Angel Ortega, diciendo cosas muy cargado de razón, Antonio Benavides, el más bacín del pueblo a la hora de contar muertos y desastres, Picocha y Gregorio el tartamudo...

Plinio, cogido del brazo de don Lotario, echó un vistazo a la vieja estación que unió Tomelloso con la línea general de Andalucía. Las viejas vías estaban ya oxidadas y entre ellas se veían pape-lajos y plantas secas. Solamente la parte más céntrica de la estación estaba ocupada por una má-quina y coches que fueron abandonados.

Plinio y don Lotario pasearon un poco recordando nostálgicamente personas y episodios del pasado, marchaban con paso lentísimo, deteniéndose a cada poco.

— Hay que ver lo que luchó el pobre don Francisco Martínez para conseguir esta línea que hizo rico a Tomelloso. Ya nadie lo recuerda. Menos mal que su periódico, “El Obrero de Tomello-so” lo cuenta todo para quien quiera saberlo y no olvidarlo, dijo Plinio. Todavía lo recuerdo yo discutiendo con unos y con otros para convencerlos... ¿Se acuerda usted, cuando algunos decían que el paso del tren iba hacer temblar la tierra y estropear las viñas y sembrados cercanos a la vía?

— Ya lo creo que me acuerdo. Y los que peor hablaban del ferrocarril próximo, eran los arrie-ros que temían quedarse sin trabajo así que empezara a marchar el nuevo tren... y luego a la larga bueno no tanto que se inauguró en el año 1914 la multiplicación de los coches y los camiones hizo innecesaria la estación. Y de la noche a la mañana la cerraron y quedó como ahora, sin trenes ni viajeros.

— Cada tiempo tiene sus exigencias, dijo don Lotario. En el que vivimos, esta estación es tan innecesaria, como precisa lo era entonces.

Plinio y don Lotario fueron paseando hasta el antiguo muelle, hoy completamente abandona-do. Subieron a él y echaron un vistazo a aquel lugar cubierto de cajones vacíos y trastos inservibles.

Plinio gesticulaba, como si viese cosas y personajes antiquísimos en aquellos lugares. Hablan-do de aquellos tiempos, descedieron los dos amigos y marcharon estación adelante hasta llegar a la finca de Mirasol, la que fue de don Francisco, en la que estrenó el tren y sus gozos y donde por aquellos tiempos, se dieron las mejores fiestas de la provincia. Aquellas fiestas que recorda-ban con los ojos en blanco algunas damas que todavía vivían, aunque ya estaban próximas al siglo.

— Estas bueno, Manuel.

— Qué quiere usted, don Lotario, así que me acuerdo del tiempo pasado pienso en las cosas que se vivieron tan intesamente y luego se las llevó el tiempo.

— ¡Y quién no!

— Pero vámonos de este pasado al muerto de hoy.

Fueron andando hacia la puerta de la estación, donde encima del reloj verde vivía el único matrimonio de ferroviarios jubilados. Se detuvieron en un momento.

— Ya nos vamos... hasta que aparezca otro muerto les dijo Plinio sonriendo debajo de la visera.

— Si quieren ustedes tomarse un chato.

— No, ya es muy tarde. Nos veremos estos días dijo Plinio.

Y salieron por la antigua salita de espera, ahora oscura total.

Plinio y don Lotario respiraron a gusto como si salieran del pasado, liaron dos cigarrillos ne-gros y miraron a los paseos de la estación solitarios y anochecidos por los que dieron tantos pa-seos en su juventud.

Bien sentados en el coche de don Lotario y avanzando lentamente por la carretera de la esta-ción, después de unos minutos de silencio, volvieron a hablar del caso.

— Qué raro es este pueblo, al menos que yo recuerde, nunca han matado de manera tan profe-sional —dijo Plinio.

— No sé qué quires decir, Manuel.

— De manera tan estudiada quiero decir. Aquí las pocas veces que matan lo hacen a tontas y a locas. No dando un tiro de pistola en la nuca y sin que se entere nadie.

— Ya. Entonces qué hacemos, Manuel.

— A ver qué vamos a hacer, al casino como siempre.

Marcharon con el coche, despacio para no atropellar a tanto paseante como había a aquellas horas por la calle de la Feria, y aparcaron el coche, como siempre, junto al ayuntamiento. Cruza-ron a paso muy lentorro hasta el casino de San Fernando. Entraron y cogieron su sitio de todos los días.

A Plinio no le gustaba hacer aguas en el “área de servicios” del casino porque quedaba en el sótano y con las escaleras muy pinas.

